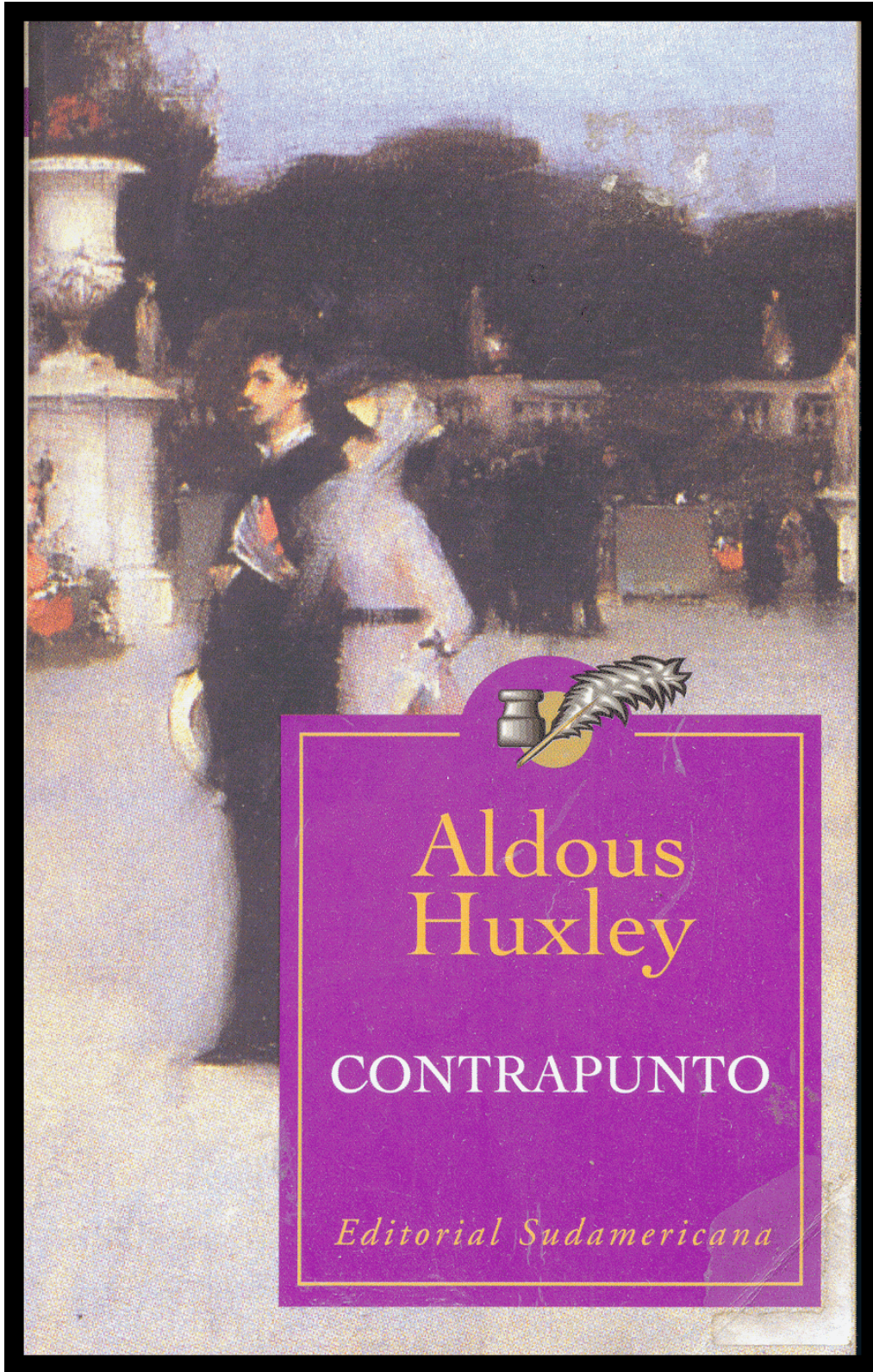


LIBRO dot .com

ALDOUS HUXLEY
CONTRAPUNTO



Digitalizado por **LIBRO dot .com**
<http://www.librodot.com>

*¡Tediosa es la condición de humano!
Naces bajo una ley, y a otra
te descubres ligado;
vanamente te engendran, pero tienes
prohibido el ser vano;
enfermo te han creado y oeste
compelido a estar sano.*

*¿Qué propósito
tendrá Natura en tan diversas leyes
-la pasión, la razón- que de la propia
división son la causa?*

FULKE GREVILLE

I

-¿No volverás tarde?

Había una gran ansiedad en la voz de Marjorie Carling; había algo semejante a una súplica.

-No; no volveré tarde -dijo Walter, con la culpable y desdichada certeza de que lo haría.

El tono de Marjorie, un poco tardo, excesivamente refinado hasta dentro de la aflicción, le molestaba. -No después de medianoche.

Ella habría podido recordarle los tiempos en que no salía nunca de noche sin ella. Habría podido hacerlo; pero no quería; iba contra sus principios: no quería forzar su amor en modo alguno.

-Bueno, digamos la una. Ya sabes lo que son estas fiestas.

Pero, en realidad, ella no lo sabía, por la sencilla razón de que, no siendo su esposa, no se la convidaba a ellas. Había dejado a su marido para vivir con Walter Bidlake, y Carling, que tenía sus escrúpulos cristianos unidos a un ligero sadismo, gustaba su venganza negándose a concederle el divorcio. Hacía dos años que vivían juntos. Dos años solamente, y ya él había dejado de amarla para comenzar a amar a alguna otra. La falta iba perdiendo su única excusa y las molestias de orden social su única contrapartida. Y ella estaba encinta.

-A las doce y media -imploró ella, aunque sabía que al importunarla así no haría sino fastidiarla, sino inclinarla a que la amara menos.

Pero ella no podía contenerse; lo amaba demasiado; sus celos eran demasiado dolorosos. Las palabras le brotaban a pesar de sus principios. Hubiera sido mejor para ella, y acaso también para Walter, que tuviese menos

principios y más franqueza para dar a sus sentimientos la violenta expresión que demandaban. Pero Marjorie había sido educada bajo las normas de un absoluto dominio de sí misma. Sabía que sólo las personas vulgares hacían aspavientos. Un suplicante "A las doce y media, Walter" fue todo lo que consiguió escapar a sus principios. Demasiado débil para conmovirlo, el suave desahogo no podía hacer sino fastidiarlo. Ella lo sabía, y, sin embargo, no lograba contenerse.

-Bueno. Ya veré si me es posible. -Ya, ya estaba: la exasperación marcada en su tono-. Pero no te lo puedo garantizar. No me esperes con demasiada seguridad.

"Porque, por supuesto -pensaba (mientras la imagen de Lucy Tantamount le acosaba, inflexible)-, no volvería ciertamente a las doce y media."

Walter dio los toques finales a su corbata blanca. Por el espejo vio que el rostro de Marjorie, junto al suyo, lo miraba. Era un rostro pálido y tan descarnado, que la luz que descendía de la lámpara eléctrica suspendida sobre ellos hacía una sombra en los hoyos de sus mejillas. Tenía los ojos cercados de negro. Su nariz, recta, un tanto larga hasta en los mejores momentos, sobresalía, desolada, de su rostro sin carnes. Tenía el feo aspecto de una mujer enferma y cansada. Dentro de seis meses nacería su bebé. Algo que había sido una simple célula, un grupo de células, una bolsa de tejido, una especie de gusano, un pez en potencia con sus agallas, se agitaba en su seno y vendría a ser un hombre con el tiempo: un hombre hecho que se daría al goce y al sufrimiento, al odio y al amor, al pensamiento, al recuerdo y a la imaginación. Y lo que había sido en su cuerpo una ampolla gelatinosa inventaría un dios y un culto: lo que había sido una especie de pez crearía, y, habiendo creado, se convertiría en un campo de batalla

para la disputa entre el bien y el mal: lo que en ella había vivido oscuramente, como un gusano parasitario, contemplaría las estrellas, escucharía música, leería versos. Una cosa se convertiría en una persona: una minúscula masa de materia llegaría a ser un cuerpo humano, una mente humana. El portentoso proceso de la creación se desarrollaba en su interior; pero Marjorie sólo tenía conciencia de la enfermedad y de la lasitud: para ella el misterio sólo significaba fatiga y fealdad y una crónica ansiedad por el futuro, dolor de espíritu junto a las molestias del cuerpo. Al reconocer los primeros síntomas de su embarazo había sentido o intentado sentir alegría, a pesar de los temores que la acosaban respecto a las consecuencias físicas y sociales. El hijo, creía Marjorie, le devolvería a Walter (que había comenzado ya a abandonarla). Despertaría en él nuevos sentimientos que compensaran aquel elemento que parecía faltar en su amor hacia ella. Marjorie temía el dolor, temía las dificultades y los inconvenientes inevitables. Pero todo lo sufriría con gusto a condición de que las penas, las dificultades dieran motivo a una renovación y fortalecieran los lazos que la ligaban a él. A pesar de todo, Marjorie estaba contenta. Y al principio sus previsiones parecían justificadas. La nueva de que iba a tener un hijo había avivado la ternura del hombre. Durante dos o tres semanas se sintió dichosa, acogió de buen grado las penas y las molestias. Luego todo fue cambiando gradualmente. Walter se había encontrado con la otra. En los intervalos en que no corría detrás de Lucy, todavía se esforzaba en conservar una apariencia de solicitud. Pero ella sentía que esta solicitud estaba cargada de resentimiento, que Walter no se mostraba tierno y atento sino por un sentido del deber, que detestaba al hijo que le obligaba a prestar tanta consideración a la madre. Y puesto que él lo detestaba, ella comenzaba a detestarlo también. No recubiertos ya de la capa cie felicidad, sus terrores surgieron a la superficie y embargaron su espíritu. El dolor y la molestia: he aquí cuanto le tenía reservado el porvenir. Y entretanto, la fealdad, la enfermedad, la fatiga. ¿Cómo podría luchar ella en este estado?

-¿Ya no me quieres, Walter? -preguntó de repente. Walter apartó momentáneamente sus ojos castaños de la imagen de su corbata y los volvió hacia el reflejo de los tristes ojos grises que lo contemplaban con un mirar intenso. Sonrió... "¡Si siquiera me dejara en paz!", pensó.

Frunció los labios y los volvió a abrir en un simulacro de beso. Pero Marjorie no devolvió su sonrisa. Su rostro permaneció inmóvil y triste, fijo en una intensa congoja. Sus ojos cobraron un brillo tembloroso y de súbito aparecieron lágrimas en sus pestañas.

-¿No podrías quedarte conmigo esta noche? -suplicó ella, a pesar de todas sus heroicas resoluciones de no aplicar ninguna exasperante compulsión a su amor, de dejar que él obrara de acuerdo con su voluntad.

Viendo aquellas lágrimas y escuchando el sonido de aquella voz temblorosa y cargada de reproche, Walter se sintió sobrecogido por una emoción que era a la vez pesar y resentimiento, cólera, piedad y vergüenza.

"Pero ¿no comprendes-era lo que él hubiera querido decir, lo que diría, si le acompañara el valor-, no comprendes que ya no es, que ya no puede ser como era antes? Y, a decir verdad, acaso no haya sido jamás como tú has creído, quiero decir nuestro amor, ni como yo he tratado de representármelo. Seamos amigos, seamos compañeros. Yo te quiero, yo te tengo un gran afecto. Pero, por el amor de Dios, no me envuelvas de este modo en el amor; no me impongas tu amor con esa fuerza. ¡Si supieras cuán horrible es el amor para quien no lo siente. ¡Qué profanación, qué ultraje...!"

Pero ella lloraba. Las lágrimas le manaban, gota a gota, a través de sus párpados cerrados. Su rostro, tembloroso, cobró una mueca de dolor. Y él era el verdugo. Walter sintió odio hacia sí mismo.

"Pero ¿por qué he de dejarme prender en el engaño de sus lágrimas?" -se preguntó, y a esta pregunta sintió odio también hacia ella.

Una lágrima resbaló por la larga nariz de Marjorie. "Ella no tiene derecho a proceder de este modo, a ser tan poco razonable. ¿Por qué no se avendrá a la razón? Porque me arpa. ¡Pero yo no quiero su amor, no lo quiero!"

Walter se sintió montar en cólera. No tenía por qué amarle de aquel modo, al menos entonces.

"Es un chantaje -se repetía interiormente-. Un chantaje. ¿Por qué ha de emplear contra mí las armas de su amor y el hecho de que también yo la he amado?... Pero ¿la habré amado realmente alguna vez?"

Marjorie sacó un pañuelo y comenzó a secarse los ojos. Walter se avergonzó de sus odiosos pensamientos. Sin embargo, ella era la causante de su afrenta; ella tenía la culpa. Debía haber permanecido con su marido. Habrían podido entenderse: se habrían visto, algunas tardes, en un estudio... Todo muy romántico.

"Pero, después de todo, yo fui quien insistió en que se viniera conmigo... Mas ella debió tener la prudencia de rehusar. Debió comprender que eso no podía durar eternamente."

Pero Marjorie había hecho lo que él le había pedido que hiciese; lo había abandonado todo, había aceptado el ostracismo social: todo por él. Otra especie de chantaje. Se lo imponía por medio del sacrificio. Walter se resentía de la presión que tales sacrificios ejercían sobre él apelando a su sentido de la decencia y del honor.

"Pero si ella tuviera la menor noción de estos sentimientos -pensó- no explotaría los míos."

Mas el niño estaba de por medio.

"¿Por qué diablos había permitido ella que viniese al mundo?"

Walter lo detestaba. El hijo aumentaba su responsabilidad hacia la madre; agravaba su culpabilidad si la hacía sufrir. La vio enjugarse el rostro surcado de lágrimas. ¡El embarazo la hacía tan fea, tan vieja! ¿Cómo podía esperar una mujer...? ¡Mas no, no, no! Walter cerró los ojos, sacudió la cabeza con un estremecimiento apenas perceptible... El innoble pensamiento debía ser excluido, repudiado.

"¿Cómo es posible que piense yo tales cosas?" -se preguntó; y la oyó repetir:

-No vayas.

¡Cómo le rayaba los nervios aquel timbre agudo, tardo y refinado!

-Por favor, Walter, no vayas.

En su voz había un sollozo. Todavía más chantaje. ¡Ah! ¿Cómo podía someterse él a esta humillación? Y, no obstante, a pesar de la vergüenza que le abrumaba, y en cierto sentido a causa de esta misma vergüenza, siguió experimentando aquella ignominiosa emoción con una intensidad que más bien parecía aumentar que disminuir. Por avergonzarse de su frialdad hacia ella, esa frialdad se acentuaba; los dolorosos sentimientos de ignominia y rencor hacia sí que Marjorie despertaba en él contribuían a hacérsela más odiosa. El resentimiento engendraba la vergüenza y, a su vez, la vergüenza engendraba nuevos resentimientos.

¡Oh! ¿Por qué no podrá dejarme tranquilo?"

Lo deseaba intensa, furiosamente, con una exasperación tanto más salvaje cuanto más reprimida. (Porque Walter carecía del valor brutal de expresarla; tenía compasión

de la mujer, sentía afecto hacia ella, a pesar de todo; era incapaz de mostrarse franca y abiertamente cruel; sólo era cruel por debilidad y contra su deseo.)

"¿Por qué no me dejará en paz?"

¡Cuánto la querría si solamente lo dejara en paz!

Ella también sería más dichosa. Sí. mucho más dichosa. Redundaría en su propio beneficio... Pero, de pronto, Walter se percató de su hipocresía.

"Mas, de todos modos, ¿por qué diablos no me dejará hacer lo que quiero?"

¿Qué quería él? ¡Ah, lo que Walter quería se llamaba Lucy Tantamount! Y la quería contra la razón, contra todos sus principios ideales, locamente, a pesar de sus propios deseos, hasta contra sus sentimientos; porque Walter no sentía gran afecto hacia Lucy; en realidad la detestaba. Un fin noble puede justificar medios vergonzosos. Pero cuando el fin es vergonzoso... ¿qué decir? A causa de Lucy hacía el sufrir a Marjorie -Marjorie que lo amaba, que había hecho sacrificios por él, que era desdichada-. Pero la desdicha de Marjorie era un medio de chantaje contra él.

-Quédate conmigo esta noche -imploró ella una vez más.

Walter sintió que una parte de su espíritu se incorporaba al ruego y lo instaba a renunciar a la fiesta y a quedarse en casa. Pero la otra parte era más fuerte. Le contestó con mentiras, semimentiras, que, debido al elemento de verdad, hipócritamente justificativo, que contenían, eran todavía peores que las mentiras francas y sin ambages.

Walter la rodeó con el brazo. El gesto era una falsedad en sí mismo.

-Pero, mi cielo -protestó él en el tono lisonjero que se emplea para mover a un niño a que se porte razonablemente-, tengo que ir sin falta. Como sabes, mi padre estará allí. -Eso era cierto. El viejo Bidlake asistía siempre a las tertulias de los Tantamount-. Y tengo que hablar con él... De negocios -añadió con cierta importancia y vaguedad, soltando con esta palabra mágica una especie de cortina de humo de intereses masculinos entre él y Marjorie.

"Pero la mentira -reflexionó Walter- sería bien visible a través del humo."

-¿No podrías verlo en cualquier otro momento?

-Es importante -contestó él meneando la cabeza-. Y además -agregó, olvidando que siempre son menos convincentes varias excusas que una sola-, Lady Edward ha invitado, expresamente por mí, al director de un diario americano. Podría serme útil: sabes lo bien que pagan esas gentes.

-Lady Edward le había dicho que lo invitaría, caso de que no hubiese embarcado ya para América, lo cual se temía mucho-. Pagan cantidades fabulosas-continuó él, reforzando su cortina con digresiones-. Es el único país del mundo donde un escritor puede ganar demasiado -Walter trató de reír-. Y no me vendrá mal un poco de esa sobrepaga para compensar este régimen de dos guineas por millar de palabras.

La apretó con más fuerza, se inclinó para besarla. Pero Marjorie apartó el rostro.

-Marjorie-imploró él-, no llores. Por favor.

Walter se sentía culpable e infeliz. Mas ¿por qué, por qué no lo dejaría en paz?

-No llores-respondió ella.

Pero, al besarla, sus labios hallaron fría y húmeda la mejilla.

-Marjorie, si tú no quieres que vaya, no iré.

-Pero si yo quiero que vayas... -contestó ella, con el rostro desviado todavía.

-No es verdad. Me quedaré.

-No, no debes quedarte -Marjorie lo miró, haciendo un esfuerzo por sonreír-. No hagas caso de mis simplezas. Sería estúpido que dejaras de ver a tu padre y a ese americano.

Sus excusas, devueltas de este modo hacia él, le parecieron particularmente vanas y de escasa fuerza. Walter hizo una ligera mueca de disgusto.

-Que esperen-contestó, con una nota de cólera en su voz.

Cólera contra sí mismo por haber presentado tan mentirosas excusas. ¿Por qué no le había dicho, sin rodeos, la verdad cruda y brutal? Después de todo, ya ella la conocía; y Walter se sintió indignado contra ella por habérselas recordado. Hubiera preferido verlas caer inmediatamente en el pozo del olvido y sentirse como si jamás hubieran sido pronunciadas.

-No, no; insisto en que vayas. He sido una tonta. Perdóname.

Al principio Walter se resistió, rehusó ir, se empeñó en quedarse. Como ya no había peligro de que tuviera que quedarse, podía permitirse insistir. Porque evidentemente, Marjorie era sincera en su determinación de dejarlo partir. Así que se le presentaba una ocasión de mostrarse noble y abnegado a poca o ninguna costa. ¡Qué odiosa comedia! Sin embargo, él la representaba. Al fin consintió en partir, como si le hiciera un favor especial en no quedarse. Marjorie le anudó la bufanda, le trajo los guantes y la chistera y le dio un ligero beso de despedida, representando valerosamente la comedia de la alegría. Ella tenía su orgullo y su código de honor en lances amorosos; y a pesar de su aflicción, a pesar de sus celos, permaneció fiel a sus principios: Walter debía ser libre; ella no tenía derecho a poner obstáculos a sus asuntos.

Además, la mejor táctica consistía en no ponerlos. Al menos, así lo esperaba ella.

Walter cerró la puerta tras de sí y salió al fresco de la noche. Un criminal, huyendo del lugar de su crimen, huyendo al espectáculo de su víctima, huyendo al remordimiento y a la compasión, no se hubiera sentido más profundamente aliviado. Al llegar a la calle respiró a pleno pulmón. Era libre. Libre de todo recuerdo y de toda previsión. Libre, por una o dos horas, de negarse a admitir la existencia del pasado o del porvenir. Libre de vivir sólo el presente, en tiempo y lugar, en el sitio en que su cuerpo acertara a encontrarse en cada instante. Libre... pero se jactaba en vano; continuó recordando. No era cosa tan fácil escapar. La voz de Marjorie lo perseguía. "Insisto en que vayas." En su crimen había habido fraude, además de homicidio. "Insisto." ¡Cuán noblemente había protestado él! Y, al fin, ¡con qué magnanimidad había cedido! Era añadir la trampa a la crueldad.

-¡Oh! -exclamó casi en voz alta-. ¿Cómo he podido proceder así?"

Su propia conducta le producía a la vez asombro y repugnancia.

"Pero, ¡si siquiera me dejara en paz! -continuó-. ¿Por qué no se avendrá a la razón.?"

Y una cólera débil y fútil estalló de nuevo en su interior. Walter evocó la época en que sus deseos habían sido bien diferentes. En un tiempo había cifrado toda su ambición en que Marjorie no lo dejase en paz. El había alentado su devoción. Recordaba la casita en que habían vivido solos, el uno para el otro, durante tantos meses, en medio de las desnudas lomas. ¡Qué magnífica perspectiva sobre Berkshire! Pero estaba milla y media del pueblo más cercano. ¡Cómo pesaba aquel saco de provisiones! ¡Y el fango en tiempo de lluvias! ¡Y el cubo que había que sacar del pozo con la manivela! El pozo tenía más de treinta metros de profundidad. Pero, aun cuando no ejecutaba ninguna labor penosa, como la de sacar agua del pozo, ¿se había sentido real y plenamente dichoso con Marjorie, tan dichoso al menos como se había figurado

que sería, como debía haberlo sido en tales circunstancias? Debía haber sido como en *Epipsychidion*: pero no lo era, acaso porque Walter había querido demasiado

conscientemente que fuese así, porque había tratado de modelar deliberadamente sus sentimientos y la vida de ambos conforme a la poesía de Shelley.

"No hay que tomar el arte demasiado literalmente." Walter recordó lo que había dicho su cuñado Philip Quarles una tarde en que se hallaban hablando de poesía:

-Especialmente en lo que concierne al amor. -¿Ni aun cuando sea verdad? -había preguntado.

-Puede ocurrir que sea demasiado verdad, sin la menor impureza, como el agua destilada. Cuando la verdad no es sino verdad, es algo antinatural, es una abstracción que no se parece a nada del mundo real. En la naturaleza existe siempre multitud de cosas extrañas mezcladas con la verdad esencial. Por eso el arte nos conmueve; precisamente por estar limpio de las impurezas de la vida real. Las orgías reales no son jamás tan excitantes como los libros pornográficos. En un volumen de Pierre Louys, todas las mujeres son jóvenes y de líneas perfectas; no existe hipo ni mal aliento, fatiga ni fastidio, recuerdos de facturas por pagar ni cartas comerciales por contestar que vengán a interrumpir el deliquio. El arte nos da la sensación, la idea y el sentimiento absolutamente puros: químicamente puros, quiero decir -había agregado riendo-, no moralmente.

-Pero Epitsychidion no es pornografía -había objetado Walter.

-No, pero, desde el punto de vista del químico, es igualmente puro. ¿Cómo dice aquel soneto de Shakespeare?

*My mistress' eyes are nothing like the sun;
Coral is far more red than her lips' red;
If snow is white, why then her breasts are dun:
If hairs be wires, black vires grow on her head.
I have seen roses damask'd, red and white,
But no such roses see I in her cheeks:
And in some perfumes is there more delight
Than in the breath that from my mistress reeks¹*

...Y así sucesivamente. El autor había tomado a los poetas demasiado literalmente y comenzaba a reaccionar. ¡Que le sirva a usted de advertencia!

Desde luego, Philip había tenido razón. Los meses transcurridos en aquella casita no se habían parecido en modo alguno a Epitsychidion o a La Maison du Berger. Cierto que existía el pozo y el recorrido hasta el poblado... Pero si no hubiera existido el pozo ni el recorrido, si hubiera tenido a Marjorie absolutamente pura, ¿habría sido

¹ No hay soles en los ojos de mi amada
De alambre y de carbón son sus cabellos
No envidias al coral darán sus labios.
Y es morena la nieve de sus pechos.
Hay rosas en colores, rojo y blanco,
Mas ninguna florece en sus mejillas:
Y exhalan más delicias los perfumes
Que aromas de su aliento se destilan.

mejor? Acaso hubiera sido aun peor. Marjorie químicamente pura hubiera sido acaso peor que Marjorie atemperada por impurezas extrañas.

Por ejemplo, aquella distinción de que hacía gala, aquella virtud un tanto fría, exangüe y espiritual: Walter la admiraba teóricamente y a distancia. Pero ¿de cerca y en la práctica? Aquella virtud, aquella espiritualidad refinada, culta y exangüe, unida a la desdicha de Marjorie, era lo que le había enamorado; porque Carling era un ser execrable. La piedad había hecho de Walter un caballero andante. El amor, había creído entonces (porque en la fecha tenía sólo veintidós años; era un joven ardientemente puro, con la adolescente pureza de los deseos sexuales vueltos al revés; acababa de salir de Oxford y se hallaba atiborrado de poesía y de las lucubraciones de los filósofos y de los místicos), el amor era conversación; el amor era comunión espiritual y camaradería. Ese era el amor verdadero. La parte sexual era sólo un capítulo aparte, inevitable, porque, desdichadamente, los seres humanos tienen también sus cuerpos, pero que debía relegarse, en lo posible, a último plano. Ardientemente puro, con el ardor de los deseos jóvenes, artificialmente dirigidos a brillar angélicamente, había admirado aquella refinada y apacible pureza que, en Marjorie, era el producto de una frialdad natural, de una vitalidad congénitamente baja.

"¡Qué buena eres! -le había dicho-. Parece salirte tan espontáneamente... Me hubiera gustado ser tan bueno como tú."

Lo cual, aunque Walter no se daba cuenta, equivalía a desear verse medio muerto. Bajo su sensitiva corteza de timidez y apocamiento, se sentía arder de vitalidad; y, en efecto, le era bastante difícil mostrarse bueno en el sentido en que Marjorie lo era. No obstante, lo ensayó. Y, entretanto, admiró su bondad y su pureza. Y conmovido -al menos hasta que la exasperación y el fastidio se apoderaron de él- por su devoción, se sintió halagado por la admiración de que era objeto.

Mientras marchaba ahora hacia la estación de Chalk Farm, recordó de pronto una historia que su padre solía referir, de un chofer italiano con el cual había conversado una vez acerca del amor. (El viejo tenía el don de hacer hablar a las gentes, a toda clase de gentes, hasta los criados, hasta los obreros. Walter envidiaba su talento.) Algunas mujeres, según el chofer, se parecen a los armarios. Sono come cassetoní. ¡Con qué sabor contaba la anécdota el viejo Bidlake! Podrán ser tan hermosas como se quiera; mas ¿quién puede alabarse de tener un bello armario en sus brazos? O, vamos a ver, ¿qué objeto tiene? (y Marjorie, reflexionó Walter, ni siquiera era bien parecida.) "Por mi parte -decía el chofer-, yo prefiero a las otras, aun cuando sean feas. Mi amiga -había dicho confidencialmente a Bidlake-es de la otra especie. E un frullino, proprio un frullino, un verdadero batidor de huevos." Y el viejo guiñaba el ojo detrás de su monóculo, como un viejo sátiro jovial y perverso. ¿La rigidez de un

armario o la vivacidad de un batidor? Walter tenía que admitir que sus preferencias corrían parejas a las del chofer. Al menos, sabía ya, por experiencia, que (siempre que el "verdadero" amor aparecía atemperado por las impurezas sexuales) no era la mujer del tipo armario la que le enamoraba. De lejos, teóricamente, la pureza, la bondad y la espiritualidad refinada eran admirables. Pero en la práctica y de cerca resultaban menos atrayentes. Y cuando parten de una persona que no nos atrae, hasta la devoción, hasta el halago de la admiración son insoportables. Confusa y simultáneamente. Walter detestaba a Marjorie por su paciente frialdad de mártir y se acusaba a sí mismo de bestial sensualidad. Su amor hacia Lucy era algo descabellado y vergonzoso; pero Marjorie carecía de sangre, estaba medio muerta. Walter se sentía, a la vez, excusado y sin excusa. Pero más sin excusa, no obstante; más sin excusa. Eran viles estos sentimientos sensuales, eran innobles... ¿Batidor o cómoda? ¿Puede

concebirse nada más bajo, más innoble que esta clasificación? Imaginativamente, Walter creyó escuchar la risa plena y sensual de su padre. ¡Qué horror! Toda su vida consciente había sido orientada en oposición de su padre, en oposición a la sensualidad jovial y negligente del viejo Bidlake. Conscientemente había estado siempre del lado de su madre, del lado de la pureza, de la refinación, del espíritu. Pero por lo menos la mitad de su sangre procedía de su padre. Y ahora, dos años de vida con Marjorie habían infundido a su conciencia un horror a la virtud fría. Walter tenía conciencia de este horror, si bien al mismo tiempo se sentía avergonzado de él, avergonzado de lo que consideraba indecentes deseos sensuales, avergonzado de su amor hacia Lucy. Pero ¡si Marjorie lo dejara siquiera en paz! ¡Si al menos se abstuviera de reclamar la vuelta de aquel importuno amor que se empeñaba en servirle a la fuerza! ¡Si siquiera dejara de serle tan terriblemente devota! Walter podría brindarle amistad, pues que le profesaba un genuino afecto; era tan buena y tan cariñosa, tan fiel y tan devota... Walter acogería con gusto el pago de su amistad. Pero amor ... esto era sofocante. Y cuando, creyendo luchar contra la otra con sus propias armas, Marjorie hacía violencia a su virtuosa frialdad y trataba de reconquistarlo con el ardor de sus caricias... ¡oh, entonces era terrible, verdaderamente terrible!

Y luego -continuó reflexionando- se hacía realmente un tanto fastidiosa con su pesada e insensible seriedad. En el fondo, un tanto estúpida. a pesar de su cultura... o acaso por ella. Su cultura era, sin duda, genuina: había leído libros y recordaba lo que había leído. Pero ¿los comprendía? ¿Podía comprenderlos? Las observaciones con que rompía ella sus largos, largos silencios, aquellas serias y cultas reflexiones, ¡qué pesadas, qué faltas de humor y de verdadera comprensión! Era discreta en mostrarse tan silenciosa: el silencio está tan pleno de ingenio y sabiduría en potencia como el mármol por tallar de riqueza escultórica. Los silenciosos no prestan testimonio contra sí mismos. Marjorie sabía escuchar bien y con simpatía, y cuando rompía el silencio, la mitad de sus expresiones se componía de citas. Pues Marjorie tenía una gran retentiva y había formado el hábito de aprender de memoria los grandes pensamientos y los pasajes notables. Walter había tardado en descubrir la pesada estupidez y la trágica falta de comprensión que ocultaba bajo el silencio y las citas. Y cuando hubo hecho este descubrimiento era ya demasiado tarde.

Walter pensó en Carling, aquel borracho forrado de religioso. No hacía más que hablar de santos, de casullas y de la Inmaculada Concepción, y, al mismo tiempo, era un borracho e indecente renegado. Si aquel hombre no hubiera sido tan completa y detestablemente repugnante, si no hubiera hecho a Marjorie tan dolorosamente desdichada... ¿qué? Walter se imaginó libre: no hubiera experimentado piedad, no hubiera experimentado amor. Recordó los ojos rojos e inflamados de Marjorie después de uno de aquellos detestables episodios con Carling. ¡Bruto indecente!

"¿Y yo?" -pensó de repente.

Walter sabía que Marjorie se había echado a llorar desde el instante en que la puerta se había cerrado tras él.

Carling tenía al menos, la excusa del whisky. Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Pero Walter no estaba nunca bebido, y sabía que en aquel momento Marjorie se hallaba llorando.

"Debería volver a su lado" -se dijo.

Pero, lejos de hacerlo, apretó el paso hasta emprender casi una carrera calle abajo. Walter huía así de su conciencia y al mismo tiempo corría hacia el objeto de su deseo.

"Sí, mi deber es volver a su lado."

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

